

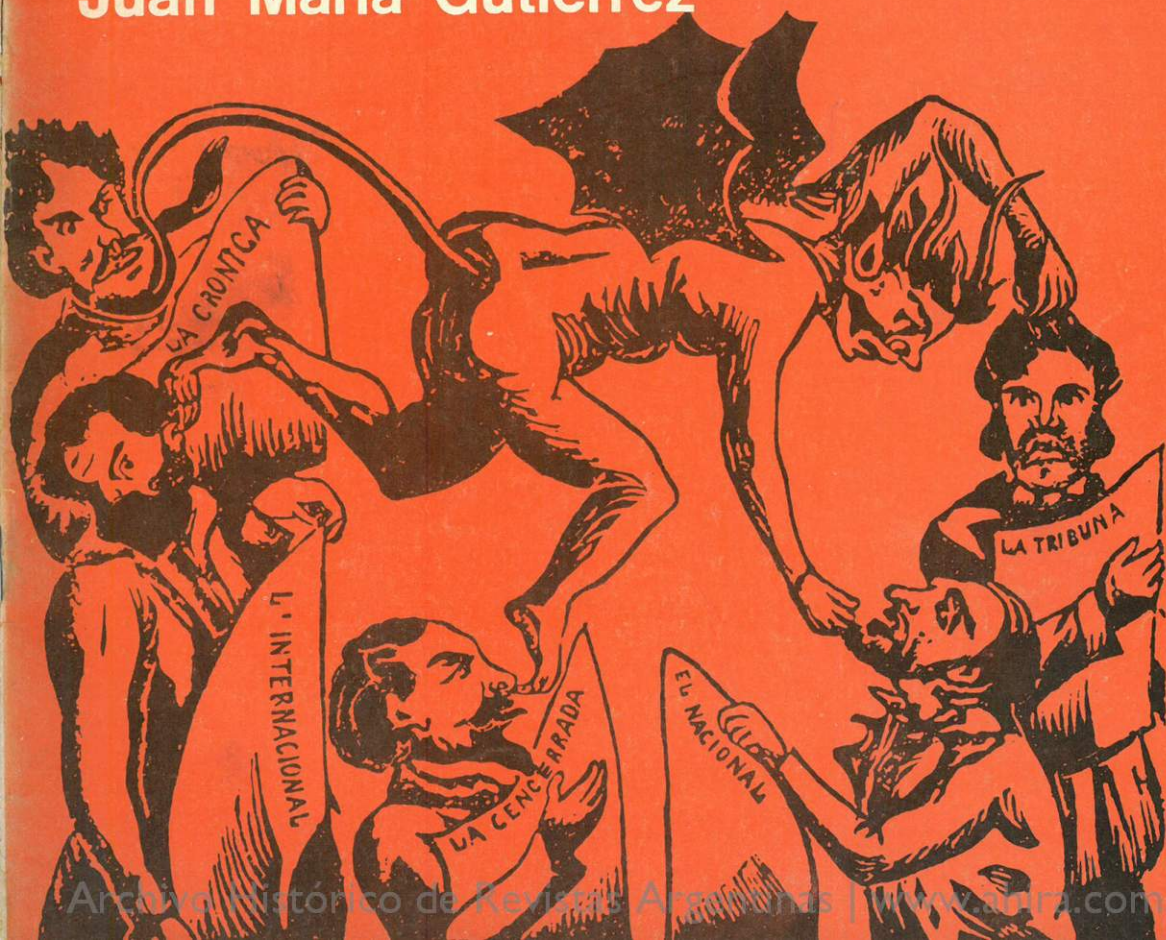
CAPITULO


CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

11

El nacimiento de la crítica: Juan María Gutiérrez



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

11. El nacimiento de la crítica: Juan María Gutiérrez

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Gregorio Weinberg, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 12:

LA PROSA ROMANTICA: MEMORIAS, BIOGRAFIAS, HISTORIA

- LOS "DIARIOS" Y LAS "MEMORIAS"
- LAS "MEMORIAS" DEL GENERAL PAZ
- OTROS CULTORES DEL GENERO:
• SARMIENTO, ALBERDI
- LOS HISTORIADORES
- EL DEAN FUNES,
VICENTE FIDEL LOPEZ, MITRE
- LOS NUEVOS HISTORIADORES:
QUESADA, SALDIAS, RAMOS MEJIA

y junto con el fascículo, el libro
MEMORIAS del general Paz (selección).



El nacimiento de la crítica: Juan María Gutiérrez

Juan María Gutiérrez nació el 6 de mayo de 1809, en una antigua casona porteña situada en la entonces calle Pirán, hoy Belgrano. Fue hijo primogénito de José María Gutiérrez, español, nacido en Asturias el 24 de febrero de 1775 y muerto en Buenos Aires el 11 de julio de 1830. Juan Bautista Alberdi, que lo conoció, afirma que era un comerciante culto, de formación europeísta, con lo que sin duda quería aludir a la mentalidad liberal y positivista que entonces irradiaba sobre Europa desde Inglaterra y Francia. En efecto, el padre de quien sería nuestra primera figura en la historia de la crítica literaria argentina participó activamente en las luchas contra las invasiones inglesas, y sumó su voz a los que combatían la tradición colonialista y bregaban por el triunfo del pensamiento liberal. Al morir, cuando José María no había cumplido aún veintiún años, dejó al joven poeta con su madre, convertido en jefe de una numerosa familia compuesta por doce hermanos menores.

Por parte de madre, Gutiérrez descendía de una antigua familia patricia. José María Gutiérrez había casado en Buenos Aires con Concepción Granados y Chiclana, cuando ésta era apenas una niña, según era habitual entonces. Concepción tuvo a su primer hijo a los quince años, y su influencia y ascendiente sobre el niño parecen haber sido intensos. Gutiérrez la recuerda con frecuencia, y alude a la alcurnia de su apellido materno en unos versos que se hicieron famosos:

*Porque mi madre que tiene
sangre patricia en las venas,
me enseñó que las cadenas
del esclavo son baldón;
y una vez, enternecida,
dándome un beso me dijo:
"Nunca te arrodilles, hijo,
sino ante el poder de Dios..."*

Este orgullo del propio origen, unido a una altivez y un ideal de libertad que debía acompañarlo toda la vida,



*Juan María
Gutiérrez*

Juan María Gutiérrez

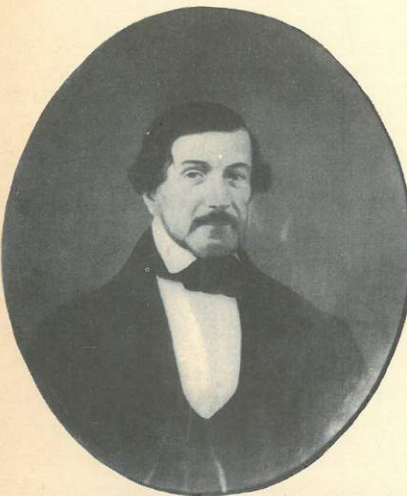
Estudios de Gutiérrez

"Mi padre vio con gusto mi inclinación a estudiar matemáticas y fue un día de satisfacción para él, cuando le pedí permiso para aceptar un empleo en la Comisión Topográfica que me ofreció mi maestro don Avelino Díaz. Cuando concluí el curso de matemáticas quise estudiar derecho, con el fin de ocuparme de cuestiones legales de tierras con el auxilio de los conocimientos que ya poseía. Consulté la idea con mi padre y me hizo observaciones sobre los peligros que se corrían en la carrera del foro, mientras que no había ningún conflicto ni para lo moral ni para la honra siguiendo la carrera de ingeniero, en que me aconsejaba persistir. Cedí para darle el gusto; así que no pude comenzar el curso de leyes hasta después de 1830."

Juan María Gutiérrez, el futuro fundador de la crítica literaria en el país, pertenecía a una antigua familia patricia y cursó estudios de ingeniería y derecho (esta última disciplina con más perseverancia, pues se recibió de doctor en derecho civil) antes de dedicarse con intensidad a su vocación literaria.



Avelino Díaz



Felipe Senillosa (óleo
en el Museo Histórico Nacional)

parecen haber sido un rasgo constante de su carácter. Después de cursar sus estudios primarios en una escuela particular hizo los preparatorios en ciencias físico-matemáticas, para ingresar más tarde en el Departamento de Ciencias Exactas, donde debía graduarse de ingeniero. Según Alberdi, la ingeniería era por entonces la "carrera del día, en aquel país sin caminos, sin puentes, sin canales". Rivadavia había contratado profesores eminentes para esa causa de estudios superiores, entre ellos Carta Molina, Avelino Díaz, Octavio Fabricio Mossotti, de todos los cuales Gutiérrez fue un alumno aventajado.

A partir de 1825 trabaja en la Comisión Topográfica, llamada desde el 26 de junio del año siguiente Departamento Topográfico y Estadístico, cuyo director era Vicente López y Planes, y en el que ejercían los cargos de primer y segundo ingenieros los profesores Felipe Senillosa y Avelino Díaz. La carrera de Gutiérrez fue brillante, como lo prueba el hecho de haber sido nombrado primer ingeniero el 27 de diciembre de 1839.

Rivadavia, fiel a su política de traer a Buenos Aires jóvenes del interior como becarios, había incorporado al estudiantado porteño a un grupo de provincianos que pronto formarían parte del círculo íntimo de Gutiérrez.

Entre ellos, a Marco Avellaneda, Juan Bautista Alberdi, Alberto Aberastain, Juan Thompson. Consta en distintas documentaciones que Gutiérrez cumplió en su carrera con todas las obligaciones y formalidades del caso. Así, aparece inscripto en quinto año de ciencias en 1828, en el Departamento de Jurisprudencia en 1831, y graduado de doctor en Derecho Civil el 22 de mayo de 1844, es decir, cuando acababa de cumplir los 25 años.

Las primeras armas literarias. — Es para estas fechas cuando comienza a librar sus primeras luchas literarias.

En 1833 el periódico *El Amigo del País* recibe sus primeras colaboraciones, que se continúan luego en el *Museo Americano*, publicación que era propiedad del famoso litógrafo Bacle, y más tarde en *El Recopilador*. José Antonio Wilde, tío de Eduardo Wilde, preparó para esa época (1837) el *Cancionero Argentino*, y se cree que la idea de esta compilación le fue dada por Gutiérrez. Entre 1837 y 1838 colaboró en *La Moda*, donde publicó, entre otros trabajos, *El hombre hormiga*, y así continúa su actividad juvenil actuando intensamente junto con sus amigos, en la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, actividad que, en cierto modo, culmina con su participación en el Salón Literario, donde pronuncia uno de los discursos más medulares. En este trabajo, quedan ya expuestas algunas de sus ideas que constituirán la espina dorsal de su desarrollo posterior: la independencia intelectual respecto de España; la autonomía frente a sus tradiciones, y la libertad en el uso del lenguaje español.

Conviene detenerse un momento en este discurso. Desde su mismo título: *Fisonomía del saber español: cuál debía ser entre nosotros*, se hacen claras las inquietudes que preocupaban a la generación del 37. No sólo en el discurso de Gutiérrez, sino en todos los que se pronunciaron en el Salón Literario, se hacen visibles las nuevas influencias procedentes de Europa que en líneas generales podrían resumirse bajo el rótulo de un "romanticismo social". Es decir, la segunda etapa del romanticismo francés, el pensamiento socialista utópico, y los desarrollos de la filosofía francesa, alemana e italiana de entonces, conocidos a través de divulgaciones llegadas casi siempre de Francia, y redactadas por historiadores, pensadores, políticos, etcétera. Constituyen en realidad los rasgos de un nuevo clima espiritual que ahora reina entre la juventud porteña, y cuya jefatura



Portada de El Museo Americano

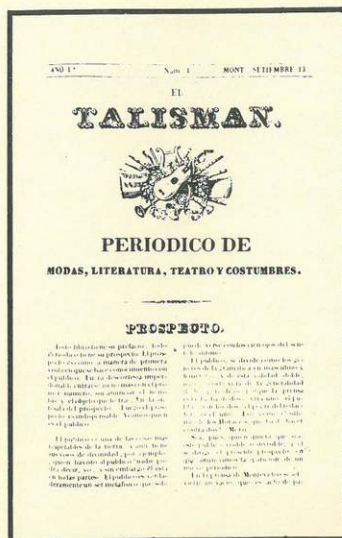


Portada de El Amigo del País

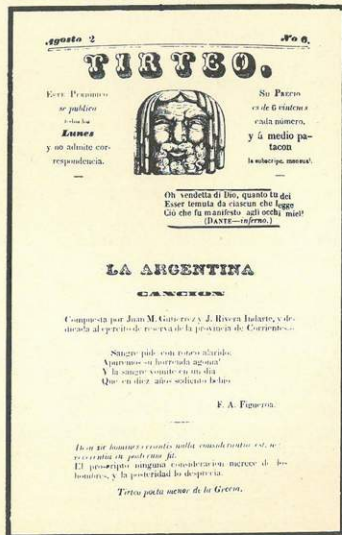
Fragmento del discurso de Gutiérrez "Fisonomía del saber español", pronunciado en el salón literario

"Nuestros padres todos han recibido las borlas doctorales sin conocimiento de aquellas leyes más palpables que sigue la naturaleza en sus fenómenos; sin una idea de la historia del género humano; sin la más leve tintura de los idiomas y costumbres extranjeras. Jamás los perturbó en medio de las pacíficas ocupaciones del foro, de la medicina o del culto, el deseo de indagar el estado de la industria europea. Jamás creyeron ni soñaron que la economía pública era una ciencia, y que, sin conocer la estadística y la geografía de un pueblo, era imposible gobernarlo. El estudio práctico de las leyes, la lectura de sus glosadores, la inteligencia oscura e incompleta de algún poeta o historiador latino, he aquí el caudal intelectual de nuestros antiguos letrados; he aquí los títulos en que apoyaban su renombre de literatura. Y ¿a esto, señores, estarán reducidas las ciencias y el saber? ¿Acaso el hombre ha recibido de Dios la inteligencia para empobrecerla y amenguarla con tan reducidas aplicaciones? ¡No, señores! Yo ofendería, si quisiera inculcar más sobre este punto, y si pretendiera trazar el círculo dentro del cual debe moverse nuestra facultad de pensar; porque este círculo es como aquel de que nos habla Pascal, cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna. No olvidemos que nuestros tesoros naturales se hallan ignotos, esperando la mano hábil que los explote; la mano benéfica que los emita al comercio y los aplique a las artes y a la industria;

que la formación y origen de nuestros ríos (vehículos de actividad y riqueza) aún son inciertos y problemáticos; que la tierra, fértil, virgen, extensas, pide cultivo, pero cultivo inteligente; y en fin, que las ciencias exigen ser estudiadas con filosofía, cultivadas con sistema, y la literatura requiere almas apasionadas, pródigas, sensibles a lo bello, y eminentemente poseídas de espíritu nacional."



Portada de El Talismán

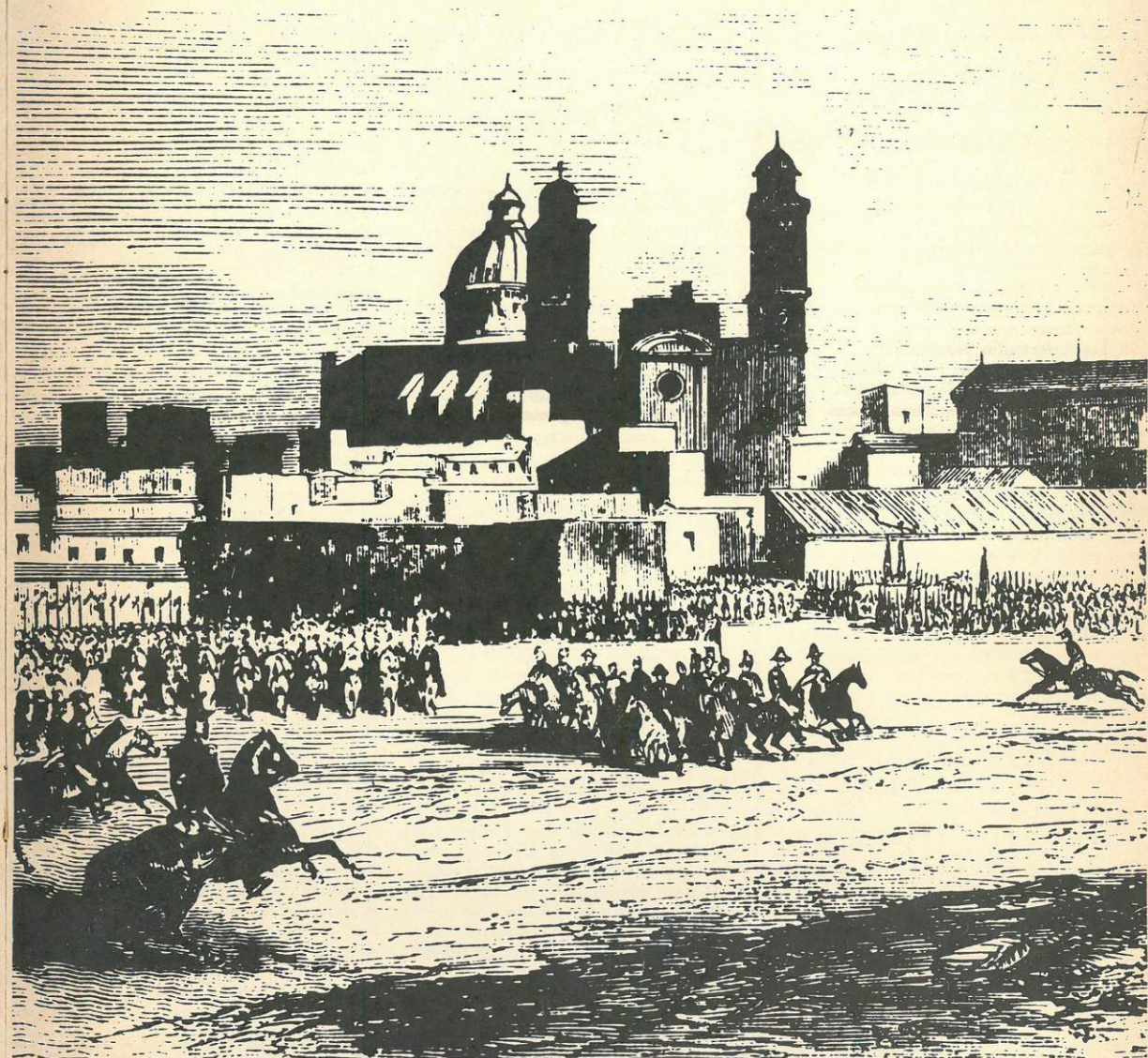


Portada de Tirteo

ejerce, como ya lo ha visto el lector al estudiar la vida y la obra de Esteban Echeverría, el autor del *Dogma Socialista*.

El destierro: Montevideo.—Mientras tanto, la época de Rosas invade al país con una creciente ola de intolerancia y conflicto. Cada vez se hace más difícil la vida intelectual en Buenos Aires, y los levantamientos y los bloqueos, las amenazas interiores y exteriores, aumentan y exacerbaban la represión del gobierno, que extrema todas las medidas de fuerza en defensa del espíritu restaurador. El 19 de febrero de 1840 el gobierno decreta la cesantía del "salvaje unitario" Gutiérrez, en su cargo de ingeniero primero del Departamento Topográfico, y la vida del escritor peligra. Por lo demás, muy poco le quedaba ya por hacer en el país en el campo de una cultura en el que sólo podían actuar sinceramente los adictos al régimen imperante. Como sus camaradas, se resuelve por el exilio, y elige Montevideo. Allí prosigue su lucha militante en su doble condición de escritor e ingeniero, pues mientras publica ensayos, poesías y traducciones en *El Iniciador*, dirige *El Talismán* y colabora en *El Tirteo* y en ¡*Muera Rosas!* participa como topógrafo en la defensa de Montevideo, a la sazón sitiada por las tropas enemigas.

Todas estas inquietudes literarias y este fervor político no parecen ser muy ajenos al propio gobernador de Montevideo, don José Antuña, pues bajo este mismo espíritu convoca a un Certamen Poético, con motivo de celebrarse el aniversario de Mayo de 1841. "¿Cuál es el carácter presente de la poesía nacional, o por mejor decir, americana?", es el título del tema propuesto. Y en los considerandos se dice que el premio será otorgado a quien mejor hubiere comprendido las modificaciones, los diversos cambios que la literatura haya recibido



Sitio de Montevideo en 1851 (tomado de un dibujo de D'Hastrel)

Texto de la cesantía de Juan María Gutiérrez, decretada por el gobierno de Rosas

El Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno
¡Viva la Federación!
Buenos Aires Febrero 19 de 1840
Año 31 de la Libertad, 25
de la Independencia y 11 de
la Confederación Argentina.
Al Señor Presidente
del Departamento Topográfico.
El infrascripto ha recibido orden del
Excelentísimo Señor Gobernador de la
Provincia Nuestro Ilustre Restaurador
de las Leyes, Brigadier Don Juan
Manuel de Rosas, para decir al
Señor Presidente del Departamento
Topográfico, que no siendo acreedor a la
confianza del Gobierno el salvaje
unitario D. Juan María Gutiérrez; ha
dispuesto que desde la fecha cese para
siempre en el cargo de Ingeniero 1º
del Departamento Topográfico. Lo que se
le comunica a los efectos consiguientes.
Dios guarde a Usted muchos años,
Agustín Garrigós.

*de la variación y progreso de las
costumbres, creencias y todos los ele-
mentos que constituyen la vida social.*
Integran el jurado Francisco Araucho,
Manuel Herrera, Andrés Gelly, Cán-
dido Juanicó y Florencio Varela.

El día 25 de mayo, a las 13 horas,
a pesar del bombardeo que soporta
la ciudad sitiada, se da comienzo en
un teatro desbordante de público, al
certamen. El jurado recomienda para
el primer premio a una composición
titulada *A Mayo*, cuya lectura es in-
terrupta varias veces por entusias-
tas aplausos. Se ignora quién es el
autor, y la expectativa aumenta a
partir de los versos iniciales:

*Triunfos y glorias de la lira mía,
deben hoy resonar. Cese el gemido
que en torno al polvo del campeón
[caído
lanzare el alma en pavoroso día...*

hasta que sube al estrado un joven
de 32 años en cuyo rostro se advier-
ten las huellas de una intensa vida
interior, y cuyo nombre es Juan Ma-
ría Gutiérrez. Una ovación demora
las palabras de consagración que de-
be pronunciar el presidente del ju-
rado: "He aquí el lauro consagrado
por el patriotismo, al sublime cantor
del gran día de América. Os habéis
hecho por vuestro noble ingenio, dig-
no de él y del común aplauso". Con
una emoción que traiciona la seguri-
dad de su voz, el poeta responde:
"Señor. La más alta poesía, no es tan
elocuente como este acto para de-
mostrar los progresos morales debidos
al gran pensamiento de Mayo. Yo
acepto, señor, este premio, con reco-
nocimiento; y donde quiera que me
arroje la ola de la revolución de mi
patria, allí lo mostraré; para probar
que en la República Oriental del Uru-
guay, han echado raíces la civiliza-
ción y el amor a la libertad".

Mientras se sigue oyendo el persis-
tente eco de la artillería, se da lectura

a los nombres de las composiciones y
autores premiados: Luis L. Domín-
guez, José Mármol, Francisco Acuña
de Figueroa.

**La Polémica sobre literatura
nacional.** — El Certamen, sin em-
bargo, no debía pasar a la historia
sólo como un episodio circunstancial
ni como un jalón en el desarrollo de
la poética de Juan María Gutiérrez
o de Mármol. En realidad, cobra im-
portancia pues dio lugar a un debate
de gran valor histórico para las letras
argentinas.

Al procederse a la publicación de las
composiciones premiadas, la tarea le
fue encomendada a Juan Bautista
Alberdi, quien, al prologar la edición,
la hace preceder de una extensa nota
(que firma "El Editor"), donde expre-
sa con toda claridad el credo estético
de la nueva generación romántica.

Polemiza con Florencio Varela, cam-
peón del neoclasicismo que sigue im-
perando en los ambientes unitarios,
discrepa con los términos del "Infor-
me de la Comisión Clasificadora" del
certamen, en el que ha participado
el mismo Varela, y disuete la fun-
ción social del arte, afirmando que la
aparición de Echeverría constituye
una época, y que el año 30 es crucial
en este sentido. Para Alberdi, la ca-
racterización de la nueva literatura
hecha por el Informe, es insuficiente.

"Nuestra primera poesía nacional", se-
gún él, no es sólo por el "tinte filosó-
fico" (la emancipación política), el
"colorido local" (el descubrimiento de
la naturaleza), y "el tono melancó-
lico" (consecuencias de la guerra
civil). Faltan, a su juicio, otras no-
tas no menos significativas para una
adecuada definición del espíritu de
la literatura nacional. "Ofrece esta li-
teratura —dice— a más de los tres
caracteres señalados por el informe,
los que resultan de ser cristiana, por



Juan Bautista Alberdi
(en *El Sudamericano*, 1890)

sus creencias religiosas; espiritualista, por su moral; social y civilizador, de apostolado y propaganda, por su misión; progresiva, por su fe en el dogma filosófico de la perfectibilidad indefinida de nuestra especie; profética, por su íntima creencia en el porvenir de la América y del mundo; franca y espontánea, por sus procedimientos de composición; democrática y popular, por sus formas de estilo y de lenguaje; expresión completa del nuevo régimen americano, y reaccionaria del viejo, hasta en las formas del idioma; atenta al fondo más que a la forma del pensamiento; a la idea que al estilo, a la belleza útil que a la belleza en sí; cuidadosa del valor y peso de las expresiones, más bien que de la pureza de su origen gramatical; inclinada a las ideas generales y al uso de los términos genéricos y abstractos; incierta, móvil, fluctuante de su estilo, como los usos y gustos de la sociedad que representa; poco preocupada en cuanto a las conveniencias tradicionales de sintaxis, porque piensa con Larra y Víctor Hugo, que las lenguas se alteran, cambian y se desenvuelven..." (*Obras Completas*, t. II, pág. 59-60).

Y aquí cabe señalar una aparente, pero comprensible, paradoja; la producción poética de nuestro futuro gran crítico Gutiérrez, suscita un debate trascendente que se inscribe, luego de los trabajos de Echeverría, y los del mismo Gutiérrez en el Salón, como uno de los antecedentes más significativos de la crítica literaria nacional en gestación.

Europa, Chile, Perú... — Mientras tanto, la vida en Montevideo se hace para Gutiérrez cada vez más difícil. Tanto el agobio que provoca sobre la ciudad el interminable asedio como las continuas rencillas entre los distintos grupos y otras inquietudes, lo fatigan y lo deciden al

Bases del certamen poético de 1841 en Montevideo

"Al individuo que presente la mejor composición poética, en celebración de la Revolución de Mayo, de los obstáculos que tuvo que vencer y de los beneficios que ha producido al Continente Sud-Americano, es ofrecido el premio, que deberá consistir en una medalla de oro, que en su anverso tendrá: República Oriental. 25 de Mayo de 1841, entre dos ramas de laurel; y en su reverso, Al Mérito Poético, entre una orla de siempreviva y rosas."

La obra de Gutiérrez en el exilio —vivido sucesivamente en diversos países de América y Europa— fue tan fecunda como la de otros desterrados. Su fruto más importante es, tal vez, la América poética, antología crítica de poetas americanos que serviría de guía a varias generaciones de estudiosos.



Giuseppe Garibaldi (grabado hecho durante su estada en Montevideo)



Juan Carlos Gómez

fin a buscar nuevos horizontes. Lo acompaña en esta intención su amigo Alberdi. Con él se embarca en *El Edén*, navío capitaneado por un amigo de Garibaldi, y con quien los vinculó el célebre revolucionario italiano, a la sazón en Montevideo. Durante la larga travesía, que a la vez que los acercaba a esa Europa tantas veces soñada los alejaba aún más de una Argentina entrañablemente añorada, ambos amigos realizan una curiosa experiencia literaria. A medida que Alberdi escribe un poema en prosa, Gutiérrez lo va versificando. Cuando se publique, llevará el nombre del barco: *El Edén*, especie de poema escrito en el mar por J. B. Alberdi, puesto en verso por don Juan María Gutiérrez. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, calle de la Aduana número 22, Mayo de 1851.

Entre otros conceptos, en la carta que lo encabeza leemos: "La inspiración y los pensamientos de este poema, pertenecen a mi amigo D. Juan Bautista Alberdi. El fondo de los pensamientos del original y mucha parte de sus galas, han desaparecido al sujetarlos al tormento de la medida y de la rima. *El Edén* es en mis versos la copia de un cuadro maestro".

El barco llegó a Génova el 6 de junio de 1843, dos meses después de haber zarpado de Montevideo. El desembarco fue un nervioso deslumbramiento: palacios y callejas, artistas y marineros; museos y comercios.

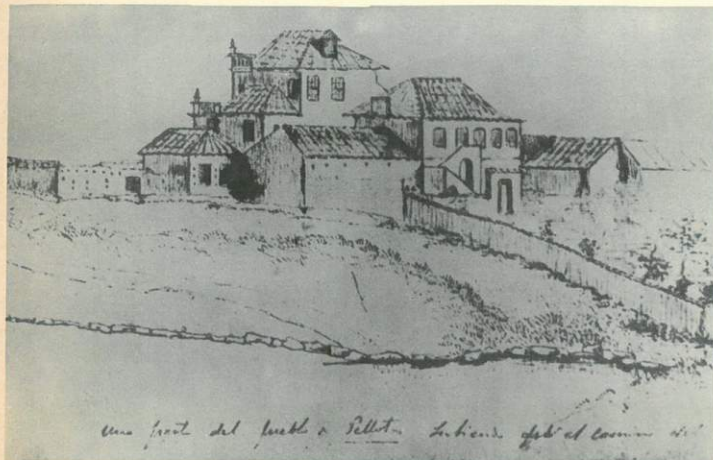
Luego Turín, París, "la capital espiritual del mundo" donde visita una gloria de la lejana patria, Don José de San Martín. No deja de frecuentar los círculos literarios, y aprovecha la oportunidad de conocer a Alejandro Dumas y otros literatos de fama.

Regresa en noviembre. Durante su permanencia en Río de Janeiro vuelve a encontrarse con Alberdi, que había regresado en otro barco. En

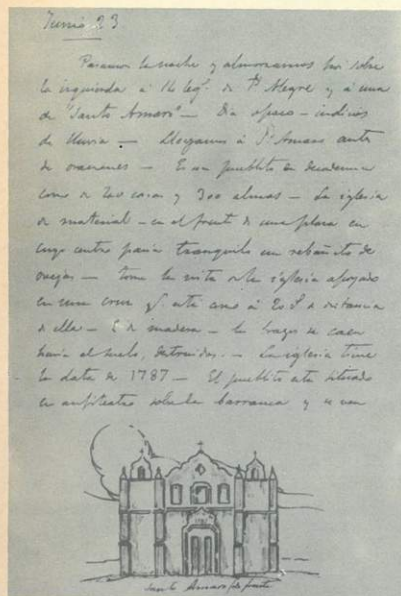
Brasil, tierra de esclavitud e injusticia, trató de conversar con el exiliado Bernardino Rivadavia —pobre y misántropo—, pero fue inútil. En cambio, sostuvo largas tenidas con Mármol y Juan Carlos Gómez. Luego de algo más de un año de permanencia en Brasil —que contribuyó a su mejor conocimiento de la lengua y la literatura lusitana— en la imposibilidad de arraigarse, se dirige a Chile, después de bordear las costas patagónicas y atravesar el temido estrecho de Magallanes. Valparaíso fue una buena puerta de ingreso. Al cabo de poco tiempo y gracias a cartas de recomendación de Sarmiento —quien insiste sobre la buena formación intelectual de Gutiérrez— logra ser designado director-fundador de la Escuela de Náutica de Chile, que se instalará sobre una fragata.

No pasa mucho tiempo sin que los vaivenes de la política interna y las amenazas de guerra con otros países reclamen otro uso para la embarcación y la escuela de náutica queda postergada.

El exiliado se propone visitar a su hermano Juan Antonio, a la sazón en Guayaquil. En el camino se detiene algunos meses en Lima, ciudad para él cargada de interés; el viejo centro del Virreinato estaba entonces lleno de sombras y recuerdos, viejos libros y antiguos cuadros, huellas de las grandes culturas indígenas prehispánicas y el boato del barroco limeño: allí traba conocimiento con literatos contemporáneos como Francisco de Paula C. Vigil, director de la Biblioteca Nacional, pero también interroga manuscritos y retratos del gran erudito Pedro de Peralta Barnuevo, el aventurero Pablo de Olavide, el zumbón Juan de Caviedes, el gongorino Fray Juan de Ayllón, y tantos otros, cuyo interés es fácilmente reconocible en la producción posterior de Gutiérrez. A algunos de ellos dedicará extensos estudios, tan originales para su época por la generosidad del en-



Dibujo de Juan María Gutiérrez (1844)



Página manuscrita y dibujo
de Juan María Gutiérrez

La bandera de Mayo

Al cielo arrebataron nuestros gigantes
padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón,
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el
mundo

Para saber qué pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos
La libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no
pudieron

Seguir en sus victorias al pabellón azul;
Ni la pupila impávida del águila un

momento
Pudo mirar de frente su inextinguible luz.

Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él:
Dos bandas fraticidas le llevan en sus
lanzas,

Mañana en torno suyo se abrazarán
también.

Valparaíso, mayo 25 de 1846.



Juan María Gutiérrez (a la derecha) y su hermano Juan Antonio (dibujo de E. Charton en el Museo Histórico Provincial de Rosario)



Portada de la América Poética

Portada de El Lector Americano

foque y el esfuerzo de comprensión de la literatura colonial, como por la aportación de documentos y la salvación de muchos manuscritos.

Trabajos que, por cierto, han sido también, en parte, puntualmente plagiados.

En Guayaquil donde comparte horas felices con su hermano Juan Antonio, rememorando la niñez y la adolescencia porteñas, la juventud ajetreada por las lides políticas, tiene un encuentro con Sarmiento. Planes y proyectos animan las noches de los dos compatriotas a orillas del mar tropical: hablan de imprentas, diarios, revistas, libros. Sueños y esperanzas para un porvenir no muy lejano.

Vuelto a Chile, se dedica al periodismo. Pero su tarea más importante quedará en los libros que publica.

Uno de ellos: *América Poética, Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo, con notas biográficas y juicios críticos*, está compuesto por trece partes, la primera de las cuales se publica en febrero de 1846 en la Imprenta El Mercurio, Valparaíso. El mismo año saldrá de las mismas prensas *El lector americano, colección escogida de autores americanos, sobre moral, maravillas de la naturaleza, historia y biografía americana*. Desiguales por su importancia, ambos libros, en cierto sentido, se complementan. El primero tiene un elevado propósito cultural y estético; el segundo, es más limitadamente didáctico. De todos modos ambos han sido reeditados y plagiados.

América poética es, como dice Rafael Alberto Arrieta, la "primera y notable colección de su especie, enriquecida con notas bibliográficas, y base de todas las antologías continentales --algunas apegadas hasta el plagio-- que la sucedieron". Significa un importante relevamiento, un enjuiciamiento literario, un esfuerzo por abarcar nuestro Nuevo Mundo --des-

garrador a la sazón por las luchas civiles, desvinculadas entre ellas las diversas regiones, desconocidos los autores fuera de sus fronteras, cuando no alejados de la propia tierra por razones políticas-- como una totalidad y una perspectiva que contribuye al mejoramiento de la visión espiritual.

En esta obra es donde precisamente su americanismo entrañable y sus condiciones de crítico sagaz y ponderado, comienzan a manifestarse en un nivel excepcional. No parece aceptable en modo alguno lo que afirma Ricardo Sáenz Hayes basado, a nuestro juicio, en apreciaciones superficiales, cuando a propósito de este libro, dice que "la sensibilidad del crítico continúa siendo muy relativa; acaso nula".

Sarmiento, Echeverría, Varela, elogiaron el esfuerzo; la publicación señala un rumbo y mucho le deben, entre otros, Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Antología poética hispanoamericana*, para citar sólo el más conocido de los antólogos y recopiladores.

En Lima, adonde retorna, traba conocimiento con algunos olvidados personajes históricos: los ya citados Pedro Peralta y Barnuevo, Pablo de Olavide, Fray Juan de Ayllón, Juan de Caviedes, y otros, a quienes dedicará importantes trabajos, muchas veces reeditados y reelaborados. En el volumen *Escritores coloniales americanos* (Ed. Raigal, Bs. As., 1957, edición, prólogo y notas de Gregorio Weinberg) se recogen algunos de esos trabajos, señalándose allí las sucesivas reelaboraciones, pero destacando, sobre todo, la importancia que en cada caso revisten para la historia de la literatura americana.

La herencia española y colonial.

— En el prólogo de Gregorio Weinberg recién citado, se destaca que, si bien tuvo con J. B. Alberdi y D.

Juicios sobre "América Poética"

De Echeverría: "El señor Gutiérrez es el primero que ha llevado entre nosotros a la crítica literaria el buen gusto que nace del sentimiento de las buenas doctrinas".

De Varela: "Por el fondo y por la forma, este libro tiene indisputablemente el primer lugar entre las publicaciones de este género que ha visto hoy la América española".

De Sarmiento: "Va a darse por primera vez a luz un libro cuyas páginas existen dispersas en todo el Continente: van a sustraerse del polvo del olvido composiciones que merecen ostentarse a la luz del día. En presencia de los poetas españoles, van a evocarse los poetas americanos que han merecido bien de las musas; y de seguro que podrán sostener sin mengua la confrontación".

De José Enrique Rodó (en *El mirador de Próspero*): "Era una naturaleza de crítico, en cuanto esta palabra expresa, esencialmente, una idea de simpatía y no de resistencia; de solidaridad de la imaginación, antes que de frío análisis... Por eso hay en la mayor parte de sus juicios una seguridad que ha respetado el tiempo, y por eso también su figura es, mejor que cualquier otra, el centro adonde transportarse para abarcar el cuadro literario de su época, porque él mismo lo consideró con esa visión amplia y serena que anticipa, sobre las pasiones de los contemporáneos, la mira de la posteridad".

Las "Cartas de un porteño": una polémica de Gutiérrez

La Libertad, 28 de enero de 1876

CARTA SEXTA

Este Antón Perulero había sido una entidad retrospectiva, verdaderamente del otro jueves. Cada uno de sus números tiene el aspecto de un aparecido, de un resucitado que viene a hablar a los vivos de cosas olvidadas en este mundo. En el parto último de su montaña gramatical, se descuelga con raciocinios a favor de su "Arte" y de su "Calepino", a que hace ya una semana que hemos contestado en nuestras cartas.

Vamos al grano: el ya mentado número 9 levanta el telón con "Las fronteras" presentándonos un cuadro desgarrador en que figuran centenares de mujeres blancas cautivas, miles de cabezas de ganado robado por los indios, etc., etc., toda mezclado con pullas al ministro de la Guerra, a quien sólo conoce por el retrato en caricatura con que brilla el meteoro de cada jueves. Mientras tanto, este Antón Perulero que ha recorrido medio mundo, que ha visitado a México, donde debe haber indios fronterizos, ¿qué dice de útil para el país, de pertinente sobre una materia tan vital que ocupa, de preferencia a toda otra, la atención del público? Nada; hace una ensalada de chismes y consejos de beata vieja que en ninguna parte del mundo se la dejarían aliar, porque a más de desabrida, es venenosa como salsa de hongos de mala especie. El artículo concluye haciendo saber a sus "lectores" —bien conocidos— que los militares de las fronteras se han alzado contra su jefe constitucional, que es el Presidente, a quien llama Perulero,

Gobierno, en su ignorancia supina de lo que esta entidad representa entre nosotros.

Lo que sigue está también contestado, desde nuestro punto de vista lingüístico, ha ya muchos días; y no porque le amanezca tarde al señor Pirulero hemos de estar repitiendo una misma cosa hasta el fastidio. Creemos sí necesario, refrescarle la memoria y suplicarle que limpie bien los espejuelos, para leer la carta magna del doctor Gutiérrez, en cual no se habla de la creación de una nueva lengua en el Río de la Plata. En ella se trata sencillamente de revolucionarse contra toda traba que en nombre de intereses que representa y sirve la Academia matritense, pudieran impedir el ensanche, en todo sentido, del lenguaje que se usa o usare en lo futuro, no a orillas del Manzanares, sino a las orillas del Río de la Plata. ¿No ha visto don Antón que el mismo Bello nos induce en estas pretensiones, paragonando a Chile y a Venezuela, y por consiguiente a nosotros, los argentinos, con las provincias de España, cuyos modismos entran en el tesoro de la lengua sin que les echen atrás los aduaneros aquellos de que habla Salvá en el prólogo de su diccionario remendado? No enrede usted la madeja. ¿Quién ha de negar a usted el hecho de que los extranjeros que visitan a Londres y a París, hablan en esas capitales sus respectivos idiomas? Pero en esas capitales, donde la masa nacional predomina, las voces extranjeras son ecos perdidos, sin resonancia ni influencia sobre poblaciones que, rechazando cuanto no es exclusivamente suyo, no se amalgaman ni identifican con costumbres e intereses venidos de fuera. Al contrario, nosotros, que somos ciudadanos de un país de inmigración, nos afectamos de esas costumbres e intereses.

En París todo es francés, en Madrid todo español. A Buenos Aires todo ha venido, está viniendo y vendrá, gracias a Dios, de Francia, de España —hasta los Peruleros—, de todas las naciones civilizadas, y en ese todo están comprendidos implícitamente los hábitos y modos de expresarse de los extranjeros que se establecen y constituyen familia en la República Argentina.

Nuestra Constitución no nos permite amurallarnos en nuestra nacionalidad, en cosas que no atañen al verdadero patriotismo. Ella nos ha constituido en una república para nosotros, para nuestra posteridad, para todos los habitantes del mundo que quieran habitar en suelo argentino.

Estos huéspedes gozan de todos los derechos a que puede aspirar el hombre libre, y entre ellos el de enseñar a aprender.

¿Y cómo quiere usted que enseñe y aprenda todo racional, sea cual fuese la lengua que el maestro y el discípulo empleen, sin que a la larga se inocule con éste, en las ciencias que aprende, algunas de las formas con que el profesor reviste sus ideas? Con venga usted en que la cuestión que ventilamos no es simplemente gramatical ni de Academias: es cuestión social, y forzosamente en ella ha de mostrarse usted de pocos alcances, no porque sea pobre de instrucción y miope de inteligencia, sino por lo poco elevado del punto en que le coloca su amor a la integridad de la lengua patria. No habría aquí sino un modo de salvar la integridad de la lengua y de conservar su pureza. Este medio es el que empleaba, con éxito espléndido, el señor don Vicente Salvá, según, como ya dijimos, nos lo refiere el mismo en el prólogo de su "Diccionario de la Academia Española", añadido y enmendado. El señor don Vicente Salvá se encerró

La mayor parte de esta
 carta sin contestación al
 Lemusini a Villagosa que
 fué el primero en responder
 a la revolución del Dploma
 y en criticarle carta a la
 Academia: han pues estas
 cartas del Porteño alusiones
 a referencias a la opinión.
 del titulado Perulero, sin cuya
 lectura no se explican bien
 algunos pasajes del Porteño.

Nota manuscrita de Gutiérrez al margen de la primera "Carta a un Porteño"

en su gabinete los largos años que vivió en París, sin ir al teatro, ni al instituto, ni a la Cámara, ni a oír a M. Girardin, catedrático griego; sin tratarse con nadie, en fin. Martínez López, español, le corregía las pruebas del Valbuena novísimo, el cocinero era valenciano, su ama de llaves natural de Valencia.

En fin, en el gabinete cerrado a macha martillo del señor don Vicente, no se hablaba más que el Lemosin.

¿Y con qué objeto?

El gramático comunicado con el pueblo más culto de la Europa meridional, ha contestado ya por escrito y en letra de molde: "a fin de no corromper su lengua con el uso de otra extranjera". ¡Qué tal! Esto sí que es para destornillarse y para curar a cualquiera con el argumento eficaz del ridículo, de la manía del purismo.

¿De qué más trata el artículo II del número de Calamocha? Lo que resta es una amenaza al autor de la carta magna, quien en pena de su descomedimiento con la Academia, verá quién es Callejas como crítico, expulgando los yerros gramaticales que ha cometido el doctor Gutiérrez, como poeta, como historiador y como matemático. Vamos a tener un gutierricidio. ¡Dios le asista a la víctima! A nosotros no nos importa sino los sueltos o entremeses del sainetón perulresco, de los cuales nos ocuparemos como de postre en esta carta.

Nosotros no hemos pronunciado en ninguna de nuestras cartas porteñas, en bien ni en mal, una sola palabra sobre los apreciados literatos Hartzenbusch y Campoamor, cuyos escritos nos son tan conocidos como sus buenas prendas personales. Queda lavado el falso testimonio que se nos levanta.

UN PORTEÑO

Acta de nacimiento de Juan María Gutiérrez

“En siete de Mayo de 1809 con mi licencia Don Juan Manuel Giménez bautizó solemnemente, puso óleo y crisma a un párvulo que nació el día anterior y se llamó Juan María, hijo legítimo de Don José Matías Gutiérrez y de Doña María de la Concepción Granados, siendo padrinos Doña Laisa Granados y Don Santiago Muguera a quienes se previno el parentesco espiritual y demás obligaciones que contraerían. Por verdad lo firmo.
JULIAN SEGUNDO DE AGÜERO”

F. Sarmiento una común actitud de rechazo a la herencia española, unió a ella una idea más profunda del proceso histórico.

En efecto: compartió esa posición según la cual “la inferioridad de nuestra sociedad, el atraso económico, la despoblación que hacía de nuestros países casi un desierto, la ignorancia que impedía la difusión de conocimientos, las vetustas ideas heredadas, eran para ellos los mayores obstáculos, las vallas que debían superarse si se quería proseguir por la vía del progreso, por lo menos tal cual entonces se lo entendía. De donde poblar o educar, eran lemas tan positivos como antiespañoles. Esta actitud es lógica, si rastreamos las razones que subyacen debajo de ella: los hombres que prepararon e iniciaron la emancipación, para afirmar de manera rotunda e intergiversable la apetecida independencia, debían negar, necesariamente y de manera no menos rotunda, a España y todo lo que ella significaba desde el punto de vista político y económico, institucional y cultural (dependencia, atraso, tradicionalismo, monopolio, etc.). Algunos de los juicios, ineludiblemente injustos, estuvieron teñidos por la natural ofuscación de aquella hora de crisis, negaciones que solían expresar al mismo tiempo la urgente búsqueda de orientaciones, la apatencia de nuevos rumbos y estímulos”.

Juan María Gutiérrez, compartió con sus amigos, en líneas generales, esa posición. Pero no rechazó, como ellos, desechándolo de plano, “todo lo que era «colonia» o tenía relación directa o indirecta con la Metrópoli. Comprendió, quizás el único, que era imprescindible entender el fenómeno como una continuidad que no por ello deja de tener fisuras y crisis, y que la visión profunda del mismo exigía, impostergablemente, «comprender» con mayor hondura y amplitud el pasado y todas sus vertientes, o, como dice textualmente, «la

vida colonial, que tanto nos interesa conocer bien y por entero». Gutiérrez no podía dejar de saber que los testimonios de la memoria debían ser sometidos a una crítica severa y permanente; que no cabía aceptar a pie juntillas sus conclusiones, muchas veces apasionadas y apresuradas; que la historia, por ser dinámica, es un galope de sucesos que debemos profundizar: en caso contrario, los hechos demorados, las viejas ideas, se apelonan...”.

“Llegó así a advertir —prosigue el mismo Weinberg— las contradicciones que son elementos esenciales del proceso. No se puede renegar del ayer, pues en él estaban dadas juntas, entreveradas, las fuerzas de perpetuación del pasado, es cierto, pero también cobijaba las simientes del futuro. Otro planteo conduce a hacer incomprensible el hecho mismo de la independencia, que surgió de las entrañas de una sociedad que le daba origen y estaba negando al mismo tiempo.

“A esta idea más exacta del proceso, únese en Gutiérrez la íntima convicción de que el mismo adquiere mayor sentido si se lo estudia de manera más amplia, esto es, continental.

Pocas expresiones culturales tenemos en la Argentina del siglo XVII, por ejemplo, y esta escasez dificulta la determinación prolija de sus líneas generales, la simplificación surge de la falta de elementos; en cambio, las tienen, y sobresalientes, las orgullosas cortes virreinales del Perú y la Nueva España. Así considerar los países dispersos a través de miles de leguas como un todo único, colorear y enriquece el panorama; surgen, por lo tanto, cada vez más nítidos, los rasgos de la peripecia americana en el campo de la cultura: altibajos y modas; sombras y luces. La mejor prueba de este criterio es la edición de la *América Poética*, que ya mencionamos, donde por primera vez se su-



*Pedro de Oña, autor
del Arauco domado*

peran las limitaciones nacionales, y ante la visión fragmentaria de sus predecesores Gutiérrez ensaya una construcción monumental por su realización y fecunda por las perspectivas que abarca. La grandeza del resultado es consecuencia de la audacia del planteo.

"Más todavía. Ese alargamiento del tiempo histórico —prosigue siempre Weinberg— considerado como digno de análisis abre no sólo nuevos horizontes, sino que revela elementos que, de otra manera, habrían quedado inadvertidos; las contradicciones entre las expresiones literarias cortesanas y las populares; entre la producción de individuos de muy diversa extracción social y tendencias estéticas encontradas. De la confrontación de ambas corrientes, esto es la cuota académica y la popular, surgen factores que facilitan el juicio más ahondado tanto de la sociedad como de sus realizaciones. Así vemos que la Lima virreinal no puede ser descrita con una paleta de un solo color y una única nota de la escala musical, porque allí el ascetismo más sublimado convive con la sensualidad más desenfrenada; la virtud con el crimen; el desprendimiento con la avaricia; la generosidad con el egoísmo; mártires con mercaderes; Santa Rosa de Lima con la Pericholi".

Tareas didácticas. — En Lima, trabó amistad con Francisco de Paula Vígil, entonces director de la Biblioteca Nacional. Le preocupan los problemas de la enseñanza y los estudia. Varios libros de texto publicará a lo largo de su vida. Algunos de ellos, felices adaptaciones; otros, obras originales, con el propósito de satisfacer los crecientes requerimientos del estudiantado chileno, y luego del argentino.

Textos escolares de Juan María Gutiérrez

Elementos de Geometría, dedicados especialmente a los niños y a los artesanos de América. (1848)
La constitución de Mayo, explicada sencillamente por preguntas y respuestas para instrucción de la juventud, **Imprenta del Nacional Argentino, Paraná, 1856.**
Geografía de la República Argentina, para el uso de la juventud que se educa en sus escuelas y colegios, **Carlos Casavalle, Bs. As., 1877.**
Historia elemental del continente americano, desde su descubrimiento hasta la independencia para uso de las escuelas y colegios, **Carlos Casavalle, Bs. As., 1877.**
La historia argentina enseñada a los niños... desde el descubrimiento hasta la adopción de la Constitución Nacional, cuyo espíritu se explica en este compendio histórico, **3ª edición, Carlos Casavalle, 1876.**

Después de Caseros, Gutiérrez regresa al país y, además de proseguir su carrera literaria, ocupa diversos cargos públicos: ministro de Gobierno en Buenos Aires con Vicente López y Planes, constituyente del 53, ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación en un período crítico.



Batalla de Caseros (óleo de Carlos Penuti, en el Museo Histórico Nacional)

Para responder a las necesidades de la cultura popular, con el propósito de entusiasmar, y alentar, como dice, a las nuevas generaciones, traduce la biografía de Franklin, escrita por Mignet, obra que será varias veces reimpressa.

Como editor de obras de envergadura debe señalarse su notable aporte a la cultura del país trasandino: su edición del *Arauco Domado*, del licenciado Pedro de Oña, que constituye un hito en la crítica. Rivadeneyra, en su famosa *Biblioteca de Autores Españoles* (t. XXIX) la plagió cuidadosamente, olvidando citar el nombre de Gutiérrez, que exhumó y trabajó el texto, agregándole "Noticias del autor y del libro".

Intensa era la labor realizada, fecundos los resultados de la misma, cuando las noticias que comenzaban a llegar de la patria, cambiaron rápidamente sus planes. Rosas había sido vencido en Caseros, y una nueva época se iniciaba.

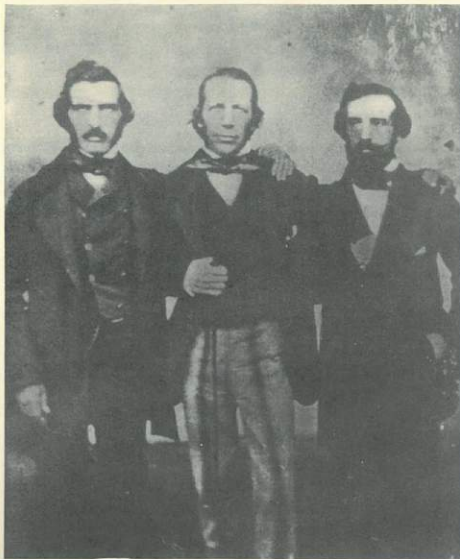
El regreso. — El 13 de mayo de 1852, regresa a Buenos Aires. Don Vicente López —patriarca por él respetado, y su amigo pese a la diferencia de edades— lo llama a compartir responsabilidades de gobierno. López era el gobernador de la provincia de Buenos Aires, y Gutiérrez, no obstante haber sido electo diputado provincial, acepta el cargo de Ministro de Gobierno.

Entre tanto, no descuida sus labores periodísticas, sus contactos amistosos; y da término a las formalidades interrumpidas para la obtención del título de abogado: 11 de junio de 1852.

La Legislatura de Buenos Aires rechaza, luego de un histórico y tenso debate, el Acuerdo de San Nicolás. Renuncia el gobierno, y Gutiérrez se traslada a Santa Fe, y poco después a

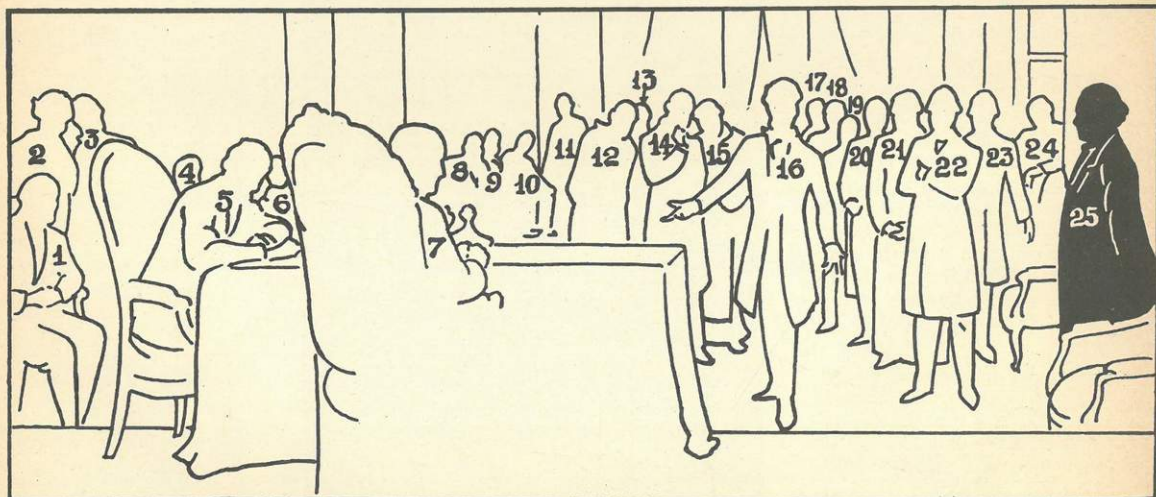


Acuerdo de San Nicolás (óleo de Rafael del Villar, en el Museo de San Nicolás)



Juan María Gutiérrez (en el medio) con Delfín

B. Huergo y José Benjamín Gorostiaga, en 1853



Los Constituyentes de 1853 (óleo de Antonio Alice). Esquema del cuadro: 1. J. del Campillo; 2. L. Torrent; 3. R. Martínez; 4. J. R. Pérez; 5. J. M. Zuviría; 6. S. Derqui; 7. P. Ferré; 8. S. M. del Carril; 9. P. Díaz Colodrero; 10. A. Delgado; 11. M. Padilla; 12. P. A. Zenteno; 13. J. de la Quintana; 14. F. de Zuviría; 15. J. M. Pérez; 16. J. F. Seguí; 17. R. Godoy; 18. M. Leiva; 19. M. Zapata; 20. S. Zavalía; 21. B. Lavaysse; 22. J. B. Gorostiaga; 23. D. B. Huergo; 24. J. Llerena; 25. J. M. Gutiérrez.

Paraná, donde dirigirá *El Nacional Argentino*. Se convoca a elecciones para el Congreso Constituyente, y Gutiérrez es electo diputado por Entre Ríos.

La instalación del Congreso Constituyente de la Confederación Argentina se hace en ausencia de Urquiza —ocupado a la sazón en una campaña militar—, circunstancia indicadora de que las tensiones seguían en pie.

Es miembro, con Gorostiaga, Zapata, Díaz Colodrero, Leiva, Ferré y del Campillo, de la Comisión de Negocios Constitucionales.

Fue —con Gorostiaga— uno de los redactores principales de la Constitución Nacional, y uno de los hombres que, de modo sobresaliente, contribuyeron a su sanción.

Entre tanto, el 26 de agosto de 1853, contrae matrimonio con Jerónima Cullen, hija del ex gobernador de Santa Fe, Domingo Cullen, ajusticiado por Rosas. Los cargos y las tareas oficiales se suceden: Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación: convenios de libre navegación y comercio con varios países: Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Brasil, etc.; nombra representante argentino a Alberdi; fomenta la inmigración con propósitos de colonización; luego del ministerio, es diputado al Congreso.

La Universidad. — Pero en cierto sentido su actividad vinculada a la cultura culmina —si así puede decirse— desde el punto de vista institucional y burocrático, con su designación como Rector de la Universidad de Buenos Aires, cargo que ejercerá con fervorosa inteligencia desde el 1º de abril de 1861 al 7 de octubre de 1873. El 24 de diciembre de 1864, muere su mujer. Gutiérrez se entregará totalmente a su tarea universitaria. Durante este período, uno de los más fructíferos y orgánicos, publi-

cará algunas obras capitales. He aquí una esumeración rápida de su copiosa tarea:

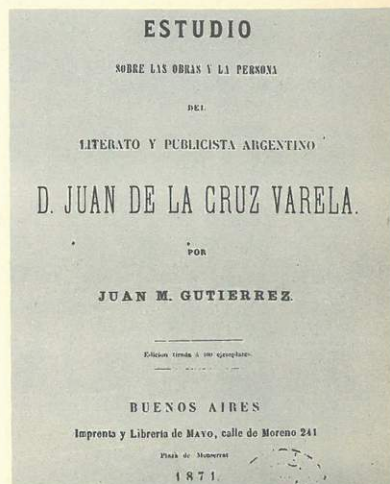
1868: *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires, desde la extinción de la Compañía de Jesús en 1767 hasta poco después de fundada la Universidad en 1821, con notas biográficas, datos estadísticos y documentos curiosos, inéditos o poco conocidos*, una de las obras fundamentales de la historia de la cultura argentina; su aportación documental e interpretativa es esencial.

1869: *Poesías*, recopilación —no completa— de su dispersa producción poética; un jalón en la lírica nacional.

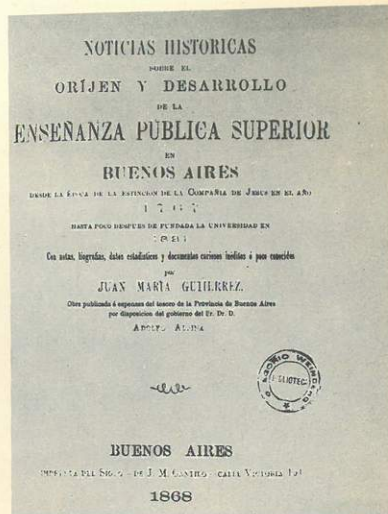
1870-1874: Edición de las *Obras Completas* de Esteban Echeverría; el ordenamiento del material, la publicación del inédito y el estudio crítico rescataron para las futuras generaciones algunas de las grandes dimensiones del autor del *Dogma Socialista*. 1871: *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*, su obra crítica de mayor envergadura y organicidad.

Además de otras obras y numerosos trabajos breves, cabe mencionar —por su número y trascendencia— sus escritos en el *Correo del Domingo*, *El Inválido Argentino*, pero sobre todo en *La Revista de Buenos Aires* y la *Revista del Río de la Plata*.

Numerosas y trascendentes fueron las iniciativas de Gutiérrez en su carácter de Rector; pero estaría fuera de lugar enumerarlas aquí; mencione-mos sólo que es el creador del *Departamento de Ciencias Exactas* (antecedente de las actuales facultades de Ingeniería, Ciencias Exactas y Arquitectura). Contrata profesores, renueva planes, elabora un importante Proyecto de Ley Orgánica de la Instrucción Pública (1872), donde postula: a) la *gratuidad* de la enseñanza superior; b) la *autonomía*: la Univer-



Portada del Estudio sobre Juan Cruz Varela



Portada del Origen y desarrollo de la enseñanza superior

Una de las más fructíferas etapas de la vida de Gutiérrez es aquella en que ocupa el cargo de rector de la Universidad de Buenos Aires, entre 1861 y 1873, no solo por sus aportes a la organización de la enseñanza superior, sino también porque en esos años publica algunas de sus obras capitales.



*Casa de la calle Venezuela
(hoy N° 560) donde murió Gutiérrez*

sidad deberá gobernarse “con arreglo a sus leyes internas, que deben ser claras, precisas, conocidas del público y aprobadas por la Legislatura... La Universidad se gobierna a sí misma y no responde sino ante el país y la opinión pública de sus aciertos y sus errores”; c) la *libertad* de cátedra: “La categoría de profesores libres que se introduce, hará imposible la estagnación de la ciencia, la perpetuidad del error admitido y sancionado por la costumbre, y hasta servirá para corregir indirectamente el desacierto, en que puede incurrir la Universidad, en la elección de sus profesores en los cursos de oposición”; d) *organización democrática de la Universidad*. Siguen otras reformas, todas importantes. Por eso se ha dicho alguna vez que no sólo es el primer Rector de la Universidad en el sentido moderno de la acepción, sino que, al mismo tiempo que construye la Institución, está haciendo su historia.

Jubilado como Rector, cumple importantes funciones vinculadas a la Instrucción pública. Trabaja sin interrupción hasta el instante de su muerte, que lo sorprende al regresar a su casa luego de un día de labor intensa, con motivo de haber participado en los actos con que se conmemoró el centenario del nacimiento de San Martín. Antes de acostarse, toma la pluma y se pone a escribir una carta a su amigo Alberdi, en la que le refiere sus impresiones del día. La carta quedó inconclusa. Era la madrugada del 26 de febrero de 1878.

Las ideas de Gutiérrez: su obra crítica. — El título del extenso estudio que le dedicó José Enrique Rodó, en *El Mirador de Próspero*, puede contribuir a iluminar en cierto modo las diversas facetas de la personalidad

intelectual de Gutiérrez, y sobre todo, al crítico. Dice Rodó: “El americanismo literario”, es decir, “la reivindicación de una autonomía intelectual es el anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana sello peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma”. Para Rodó, a su vez, este “americanismo literario” se expresa en “el sentimiento de la naturaleza” y “el sentimiento de la historia”. El “sentimiento de la naturaleza” no solo supo rastrearlo Gutiérrez en el esfuerzo por autonomizar la visión de nuestros escritores, prosistas y poetas, por arraigarlos a la tierra, el cielo y el paisaje nuestros; también lo expresó como autor de algunas valiosas composiciones de elevado sentimiento lírico, donde revive esa dimensión. Entroncar con las grandes tradiciones: la indígena, la gesta emancipadora, indica lo que llama Rodó el sentimiento de la historia, esto es, un mejor y más adecuado entendimiento del proceso de surgimiento de nuestras nacionalidades, iluminadas siempre por esa tendencia a emanciparse, a liberarse, que no es renegar del pasado, sino asumirlo en forma creadora y fecunda.

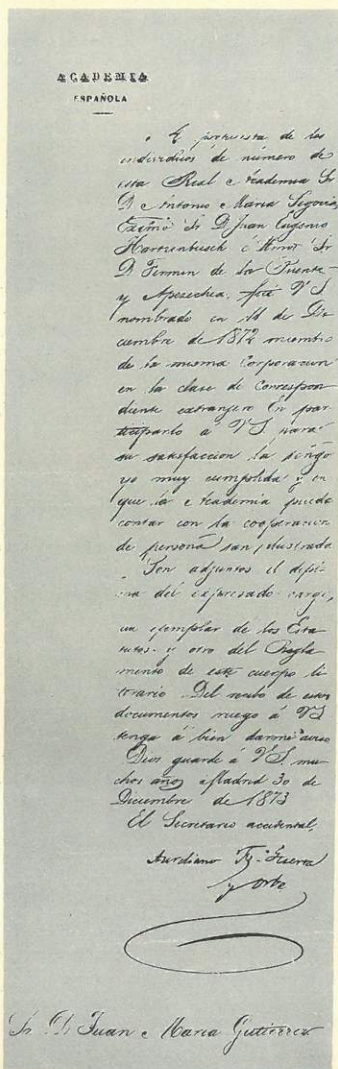
Un hecho circunstancial, que tuvo enorme trascendencia en el ambiente cultural del Buenos Aires de entonces, permite comprender mejor, con esa fuerza que suelen poseer a veces ciertas anécdotas reveladoras en la vida de los grandes hombres, algunas de las ideas vertebrales de Gutiérrez sobre la materia. Nos referimos a su designación como Miembro Correspondiente de la Academia Española, y al rechazo que Gutiérrez hiciera del diploma. Ernesto Morales refiere así los antecedentes: “En su sesión de 11 de diciembre de 1872, y a propuesta de los individuos de número Antonio María Segovia, Juan Eugenio Hartzenbusch y Fermín de la Puen-

te y Apezechea, la Real Academia Española nombró a don Juan María Gutiérrez miembro de la corporación en la clase de correspondiente extranjero. La carta del secretario, Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, comunicándole al interesado el nombramiento, lleva fecha del 30 de diciembre de 1873 —un año después de la designación—; pero el Cónsul de España en Buenos Aires no le transmitió el comunicado hasta el 29 de diciembre de 1875, dos años más tarde...

La carta que rechaza la designación, apareció en *La Libertad* el 5 de enero de 1876 y fue reproducida luego por *La Prensa* y *El Tribuno*. Desde Montevideo, Valparaíso y, desde luego, Buenos Aires, comienzan a llover críticas sobre la actitud de Gutiérrez.

Alberdi, Vicuña Mackenna, lo critica; Francisco Berra escribe en *La Nación* contra el gesto insólito; Juan Martínez Villergas, en *Antón Perulero* sale en defensa de la lengua española, que en rigor es una defensa del "colonialismo" político y cultural hecha no siempre con buen gusto ni buen tono. Gutiérrez no es antiespañol, es anticolonialista.

Diez son las cartas que en *La Libertad* publicó el escritor firmándolas con el sugestivo seudónimo de *Un porteño*; expone en ellas su punto de vista, sin dejarse arrastrar demasiado por las por momentos groseras y provocativas páginas del *Antón Perulero*. Reposado, seguro de sí mismo, explica su credo. País de formación plural, donde la inmigración se alienta como parte de una política fijada y necesaria: "¿Estará en nuestro interés crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero puede ser fecunda para el pensamiento libre?" ¿Es más importante el mantenimiento de una aparente pureza formal que la posibilidad efectiva de adaptar el lenguaje —instrumental-



Nombramiento de Gutiérrez como miembro de la Real Academia Española

Gutiérrez y la Academia

EL DIPLOMA

La Academia Española en consideración a las relevantes cualidades y reconocida ciencia del Señor D. Juan María Gutiérrez, residente en Buenos Aires, se sirvió nombrarle en la junta ordinaria de 11 de diciembre de 1872, Académico correspondiente extranjero, acordando que se le expida el presente diploma firmado por el Excmo. Señor Director, refrendado por el Ilmo. Señor Secretario accidental y autorizado con el sello mayor de la Academia. Madrid, 30 de Diciembre de 1873.

(Fdo.): MARQUES DE MOLINS

El Secretario accidental
(Fdo.): AURELIANO F. GUERRA Y ORBE
ACADEMIA ESPAÑOLA

A propuesta de los individuos de número de esta Real Academia Sr. D. Antonio María Segovia, Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch é Ilmo. Sr. D. Fermín de la Puente y Apezechea, fue Vs. nombrado en 11 de Diciembre de 1872 miembro de la misma Corporación en la clase de correspondiente extranjero. En participarlo á Vs. para su satisfacción la tengo yo muy cumplida y en la que la Academia pueda contar con la cooperación de persona tan ilustrada. Son adjuntos el diploma del expresado cargo, un ejemplar de los Estatutos y otro del Reglamento de este cuerpo literario. Del recibo de esos documentos ruego á Vs. tenga á bien darme aviso. Dios guarde á Vs. muchos años. Madrid 30 de Diciembre de 1873
El Secretario accidental
Aureliano Fernández-Guerra y Orbe
al Sr. D. Juan María Gutiérrez.



Portada del Nº 5 de Antón Perulero



Juan M. Villergas, que polemizó con Gutiérrez en Antón Perulero

mente hablando— a las necesidades de los tiempos nuevos?: “El pensamiento se abre por su propia fuerza el cauce por donde ha de correr, y esta fuerza es la salvaguardia verdadera y única de las lenguas, las cuales no se ductilizan y perfeccionan por obra de gramáticos, sino por obra de los pensadores que de ellas se sirven”.

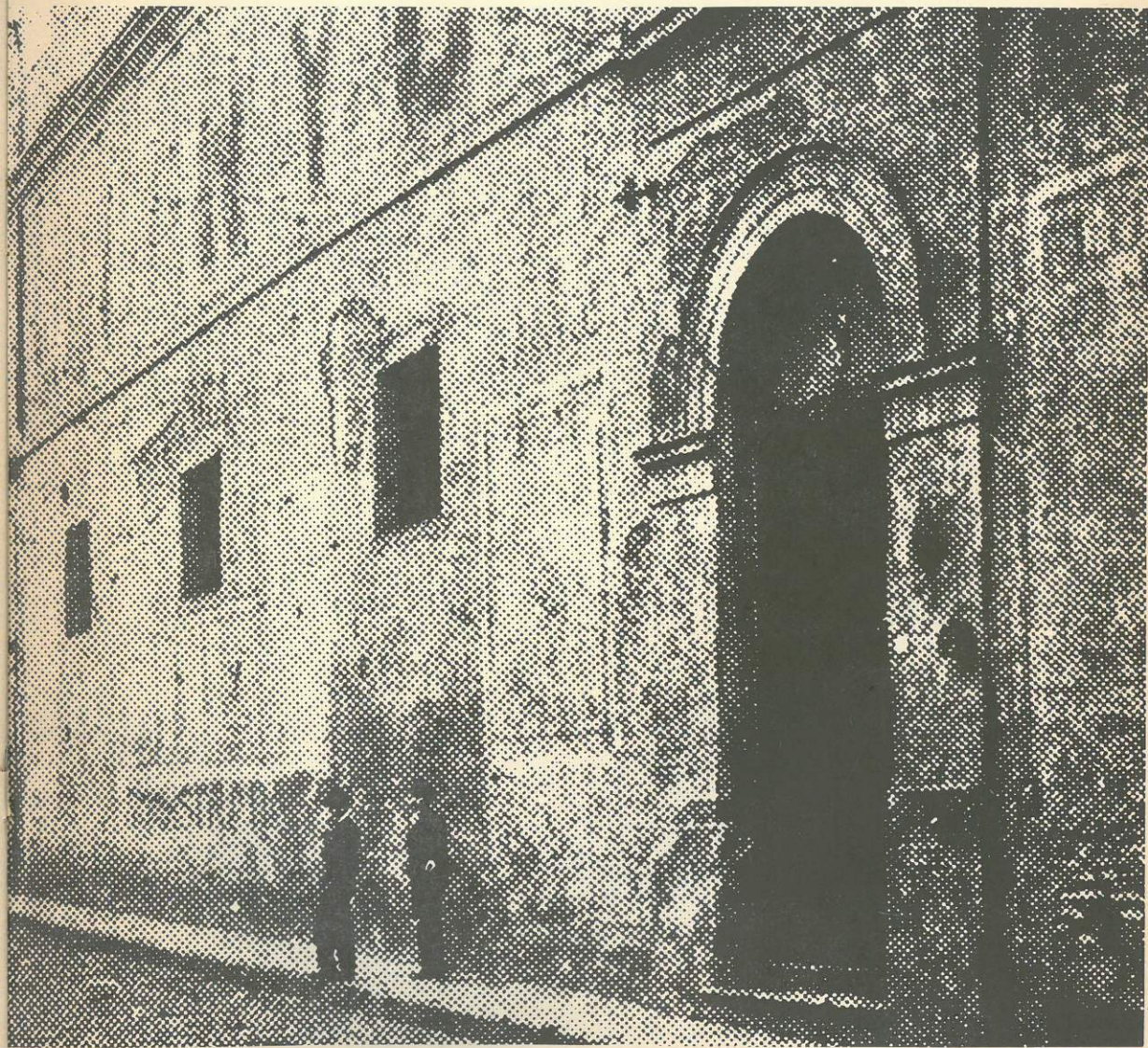
Un americano debe aceptar una designación que parece implicar ciertas obligaciones: “Creo, señor, peligroso para un sudamericano la aceptación de un título dispensado por la Academia Española. Su aceptación liga y ata con el vínculo poderoso de la gratitud, e impone a la urbanidad, si no entero sometimiento a las opiniones reinantes en aquel cuerpo, que como compuesto de hombres profesa creencias religiosas y políticas que afectan a la comunidad, al menos un disimulo discreto y tolerante por esas opiniones; y yo no estoy seguro de poder amañar mis inclinaciones a las de la Academia, según puedo juzgar por antecedentes que me son conocidos y por algunos artículos de su Reglamento”. Para un espíritu republicano como el de él le parece chocante, si no agravante, que los miembros de la Corporación hubiesen dejado constancia que “sólo pretendían el grado de criados de S. M. como el más honorífico que pueden conseguir sus vasallos”; este servilismo, real o declamado, le parece inadmisibles, como inadmisibles le parece imponer la dignidad de los modismos y particularidades regionales a diversas zonas de la Península, pero negarla a los pueblos del Nuevo Mundo: “Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus *accidentales* divergencias, cuando las patrocina la costumbre”.

Y en cartas sucesivas se traslada al otro hemisferio para sacar a luz nuevos argumentos y razones renovadas que reclaman esta afirmación de independencia: “Allí en la gran repú-

blica, no se fraguan los grandes escritores en la oficina sofocante de las Academias oficiales, sino en el yunque de la ciencia libre, bajo la inspiración de la justicia, de la libertad política y de la protección de un Dios impersonal y paterno, que veda a sus hijos devorarse unos a otros por el predominio de un culto sobre otro culto”. En suma, como escribe el mismo Gutiérrez en una carta “confidencial y reservada”, “la lengua o el lenguaje, atributo de la nacionalidad e instrumento de ideas, tiene una inmediata correlación con el pensamiento; y nadie tiene derecho a dar reglas sobre cómo ha de expresarse el pensamiento, mucho más cuando son reglas de un código dictado en otros siglos y bajo la influencia de unas ideas que el progreso ha dejado atrás como vestidos antiguos”.

Crítico y literato, autor de textos y antologías, político y educador, bibliófilo y científico, polemista e historiador de la cultura, hombre de principios muy firmes y arraigados, aunque siempre suave en el trato y respetuoso de las ideas ajenas, dejó muchos millares de páginas escritas —una parte significativa de la cual permanece aún reducida a su condición de inédita— y publicadas, donde se manifiesta la presencia de un espíritu excepcional por su lucidez intelectual y un coraje cívico para defender sus convicciones, como pocas veces suele darse. A todo esto unió una clarividencia intelectual y una ponderación de juicio que, al reflejarse en sus escritos, lo convirtieron, como se ha dicho, en el fundador de la crítica literaria argentina, que nace con él y gracias a él, en pleno romanticismo, como género ya definido, sobre bases científicas.

Por eso, puede decirse hoy que la Argentina y el mundo todo de habla hispánica tuvo en él a una de sus expresiones más representativas de madurez y trascendencia.



Frente sur del convento de San Francisco, donde estuvo la Universidad de Buenos Aires hasta 1854 (fotografía de 1901)

Bibliografía Básica

BIBLIOGRAFIA DE GUTIERREZ

"Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros", en *Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario*, fundado por D. Marcos Sastre. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1837. Su texto completo, precedido de un valioso y extenso Estudio Preliminar de Félix Weinberg, puede verse en *El Salón Literario*, "Colección El Pasado Argentino", Lib. Hachette, Bs. As., 1958.

América Poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo, con noticias biográficas y juicios críticos. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846.

El lector americano, colección escogida de autores americanos, sobre moral, maravillas de la naturaleza, historia y biografía americana, etcétera. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846. Hay una segunda edición, aumentada por Diego Barros Arana, 1865.

José Joaquín Olmedo, *Obras poéticas. Única colección completa. Revisada y corregida por el autor y ordenada por J. M. Gutiérrez.* Valparaíso, Imprenta Europea, calle de la Aduana, julio de 1848.

Pedro de Oña, *Arauco Domado. Compuesto por el licenciado... etcétera.* Nueva edición arreglada a la de Madrid del año 1605, por Juan María Gutiérrez, Valparaíso, Imprenta Europea, calle de la Aduana, marzo de 1849.

Pensamientos, máximas, sentencias de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina, etcétera. Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1859.

Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina. Buenos Aires, Imprenta de Mayo. 1860. Reeditada en la Biblioteca del Río de la Plata, Buenos Aires, 1945.

Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX, etcétera. Buenos Aires, Imprenta El Siglo, 1865.

Poesía Americana. Composiciones selectas escritas por poetas sudamericanos de fama, tanto modernos como antiguos, etcétera. Buenos Aires, Imprenta El Siglo, 1866.

"Bibliografía de la 1a. Imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta 1810 inclusive; o Catálogo con noticias y observaciones curiosas sobre los producciones de la Imprenta de Niños Expósitos, desde 1771

hasta 1810", en *Revista de Buenos Aires*, VIII-IX-X, Buenos Aires, 1866.

Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires, desde la época de la extinción de la Compañía de Jesús en el año 1767 hasta poco después de fundada la Universidad en 1821, con notas biográficas, datos estadísticos y documentos curiosos, inéditos o poco conocidos. Buenos Aires, Imprenta El Siglo, 1868. Reeditado como tomos I y II de los *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, 1877; y luego, con algunas supresiones, por "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1915.

Poesías de Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, Carlos Casavalle Editor, Imprenta y Librería de Mayo, 1869. Hay otra edición con Estudio Preliminar y Notas de Rafael Alberto Arrieta, Ed. Estrada, Buenos Aires, 1945.

Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela, por Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1871. Reeditado, con título modificado, por "La Cultura Argentina", Bs. As., 1918.

Obras Completas de D. Esteban Echeverría. Buenos Aires, Carlos Casavalle Editor, 1870-1874, cinco volúmenes, el último de los cuales contiene las "Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría por Juan María Gutiérrez".

"Cartas de un porteño"; son diez cartas publicadas en *La Libertad*, entre el 22 de enero de 1876 y el 8 de febrero del mismo año. Han sido reeditadas, junto con las de Juan Martínez Villergas, su contendor: *Cartas de un porteño*, prólogo y notas de D. Ernesto Morales, Ed. Americana, Bs. As., 1942.

* *Letras argentinas*, "Colección Grandes Escritores Argentinos", vol. XXVI, 1929, precedida de un trabajo de José Cantarell Dart; tiene varias reediciones con distinto pie editorial.

* *Escritos históricos y literarios*, "Colección Grandes Escritores Argentinos", vol. XLVIII, 1934, precedida de un fragmento del estudio de José Enrique Rodó; tiene varias reediciones con distinto pie editorial.

* *Críticas y Narraciones*, "Colección Grandes Escritores Argentinos", vol. XX, 1928; prólogo de Juan B. Terán, tiene varias reediciones con distinto pie editorial.

* *Los poetas de la Revolución*, estudio preliminar de Juan P. Ramos, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1941.

* *Escritores coloniales americanos*, edición, prólogo y notas de Gregorio Weinberg, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1957. Colaboraciones, entre otros, en los siguientes periódicos:

El Amigo del País; Museo Americano; Recopilador; La Moda; El Iniciador; El Talismán; Tirteo; ¡Muera Rosas!; El Mercurio; El Comercio de Valparaíso; La Tribuna; La Crónica; La Brisa; La Ilustración Argentina; El Constitucional; El Plata Científico y Literario; El Orden; El Estudiante; Correo del Domingo; Revista del Paraná; El Inválido Argentino; La Revista de Buenos Aires; Revista del Río de la Plata; La Libertad; etcétera.

Nota: Los títulos de las obras precedidos de un asterisco indican que los mismos no son de Gutiérrez sino de sus editores o prologuistas.

BIBLIOGRAFIA SOBRE GUTIERREZ

Reidel, María Schwestein de, *Juan María Gutiérrez*, "Biblioteca Humanidades", t. XXV, La Plata, 1940. Fundamental por la precisión de sus referencias y la copiosa bibliografía.

Morales, Ernesto, *Don Juan María Gutiérrez. El hombre de Mayo.* Prólogo de Rafael Alberto Arrieta, El Ateneo, Buenos Aires, 1937.

Epistolario de Don Juan María Gutiérrez, compilación, prólogo y notas de Ernesto Morales. Editado por el Instituto Cultural Joaquín V. González, Buenos Aires, 1942. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Quinta Época, Año IV, N° 4, Oct.-dic., 1959; número especial dedicado a Juan María Gutiérrez. Entre otras colaboraciones incluye una sucinta "Bibliografía de J. M. G.", de Horacio Jorge Becco.

Hay además una copiosa bibliografía, integrada por estudios ya clásicos, orientadores aunque las más de las veces superados, o por análisis monográficos sobre aspectos parciales de la actividad, obra o influencia de J. M. G. Mencionamos, entre otros, los de J. B. Alberdi, R. A. Arrieta (numerosos artículos y ensayos que lo convierten en uno de los mejores conocedores actuales de la figura estudiada); Luis Barros Borgoño; Jorge M. Mayer y Ernesto A. Martínez (Cartas inéditas de J. B. Alberdi a J. M. Gutiérrez y a F. Frías); Marcelino Menéndez y Pelayo; Ernesto Morales; José Enrique Rodó; Ricardo Rojas (en su *Historia de la literatura argentina*); Antonio Sagarna; Carlos M. Urien; Félix Weinberg; Gregorio Weinberg; Antonio Zinny; etcétera.



Estanciero — Litografía de D'Hastrel.

Este fascículo, con el libro
AMALIA (tomo II),
 constituye la entrega nº 11 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA	FASCICULO	LIBRO
1	Introducción: Los orígenes	Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
2	Introducción: El desarrollo	La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
3	Introducción: Los contemporáneos	El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.
Primera parte		
4	Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco	Los fundadores - Antología - 96 págs.
5	Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo	La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
6	La época de Mayo	La lira argentina - 96 págs.
7	Nacimiento de la poesía gauchesca	Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
8	La época de Rosas y el romanticismo	La época de Rosas - Antología - 120 págs.
9	Echeverría y la realidad nacional	El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
10	El nacimiento de la novela: Mármol	Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
11	El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez	Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
12	La prosa romántica: memorias, biografías, historia	Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
13	El ensayo en la época romántica	El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
14	El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento	Facundo - Sarmiento - 200 págs.
15	Desarrollo de la poesía gauchesca	Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
16	José Hernández: el Martín Fierro	Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
17	La segunda generación romántica: la poesía	Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
18	Lucio V. Mansilla	Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
19	La generación del ochenta: las ideas y el ensayo	Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
20	La generación del ochenta: la imaginación	La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
21	La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde	Juvenilia - Cané - 124 págs.
22	El naturalismo: Eugenio Cambaceres	Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
23	Los últimos románticos	Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Alfafuente - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Elchebaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración de la Biblioteca Nacional, del Museo Histórico Nacional y del Museo Mitre.